

EL MISTERIO PASCUAL, CENTRO DE LA LITURGIA

La Constitución Litúrgica del Vaticano II proyecta los tres aspectos primordiales de la Liturgia: el aspecto teológico, el aspecto ritual y el aspecto pastoral; y así, con sumo acierto, nos orienta hacia una Liturgia teológica centrada en el Misterio Pascual, hacia una revisión y actualización de los ritos sagrados y hacia la reintegración del pueblo fiel en el culto divino.

Al Vaticano II le cabe el alto honor de haber devuelto al Misterio Pascual el puesto que le corresponde en el culto litúrgico, de haber centrado la Liturgia en el Misterio Pascual. La Constitución Conciliar, el primer documento oficial del Magisterio universal de la Iglesia que emplea la expresión: "*Misterio Pascual*", desarrolla también su rico contenido y consolida su estructura dinámica.

"Esta obra de la Redención humana y la glorificación perfecta de Dios, prefigurada por las maravillas que obró Dios en el pueblo de la Antigua Alianza, CRISTO la realizó principalmente por el *Misterio Pascual* de su santa Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión. Por este Misterio "con su Muerte destruyó nuestra Muerte y con su Resurrección restauró nuestra vida" (art. 5).

Orientaciones tan acertadas están pregonando que el Misterio Pascual ha de figurar como la quintaesencia del Cristianismo, la clave del dogma, el núcleo del culto divino, el corazón de la vida, de la Iglesia y toda su actividad apostólica. Por consiguiente no extraña que el Concilio ordene que "se revise el Año Litúrgico de suerte que alimente debidamente la piedad de los fieles con la celebración de los Misterios de la Redención cristiana y muy especialmente del Misterio Pascual". Y es que, a juicio de los Padres Conciliares, "La Iglesia por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la Resurrección de CRISTO, celebra el Misterio Pascual cada

ocho días, el día llamado con razón "Día del Señor o Domingo" (art. 106-107).

La Constitución Conciliar en su estructuración teológica, en su sentido más profundo, viene a ser la proclamación solemne, oficial del Misterio Pascual, la predicación universal de la Muerte y Resurrección de CRISTO, como meta y corona de la economía de la salvación.

No es extraño que un Sacerdote entusiasmado con estas orientaciones tan estimulantes, insinuara en Roma la necesidad de ir preparando legiones de apóstoles que vayan por el mundo predicando *el Evangelio del Misterio Pascual* que la Iglesia, una vez redescubierto, lo quiere proyectar con nueva luz sobre la pobre humanidad actual. También el cristiano, como el mismo CRISTO, por el camino de la pasión y la cruz, llegará a la gloria de la resurrección y así su programa de vida cristiana, su ideal se cifrará en la alentadora divisa: con JESUS y como JESUS por la Cruz a la luz.

I. OBLITERACION DEL MISTERIO PASCUAL

Una vez que la piedad cristiana corra por los cauces abiertos por el Concilio, los fieles habrán descubierto la unicidad y trascendencia del Misterio Pascual.

"La Resurrección —observa atinadamente F. X. Durrwell— según una idea corriente, es un epílogo. El Misterio de nuestra salvación se realiza enteramente en el Calvario y el drama se termina a la hora del Viernes Santo. La Pascua nos informa sobre el destino del Héroe después de la gran aventura. Una vez terminada su obra, era preciso que volviese a la vida porque la muerte no podía retener por más tiempo al Hijo de Dios". Y concluye Durrwell: "No es este el modo como la Biblia concibe la historia de nuestra Redención" (1) y se puede añadir: no es este el modo como las primeras comunidades cristianas concebían y celebraban la fiesta de la Resurrección. No disociaban como disocia la piedad actual la unidad íntima del Misterio Pascual, sino que consideraban la Pascua como la Redención del SALVADOR, como la fiesta del plan redentor de Dios sobre los hombres.

El cristianismo primitivo se alimentaba de este espíritu bebido en las fuentes puras del Evangelio. A través de las escenas evangélicas se refleja el

(1) F. X. DURRWELL. *La Resurrección de Jesús, Misterio de Salvación*, Barcelona, Herder, 1962, p. 21.

interés de JESUS por enlazar con vínculo irrompible este misterio de la "muerte-resurrección" y proyectar sobre las perspectivas sombrías del Calvario las luces radiantes de la Resurrección.

Momentos después de prometer el Primado a SAN PEDRO, "comenzó JESUS a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas, para morir y resucitar al tercer día" (Mt. XVI, 21):

En las tres solemnes predicaciones de la Pasión que nos refieren los Sinópticos, la vida de CRISTO culmina en la Resurrección (Mt. XVI, 21; XVII, 22ss.; XX, 17), JESUS nos describe su destino final con un ritmo a tres tiempos: El Hijo del hombre será desechado por su pueblo y entregado a los gentiles; será también atormentado, humillado, inmolado; pero resucitará al tercer día. El prenuncio de la Resurrección añadido a la Pasión, no tiene por única finalidad iluminar el cuadro con la luz de la esperanza. A los ojos de JESUS, la Resurrección forma parte de su plan redentor, a la par con su muerte (2).

La predicación apostólica no acertaba a separar ambos elementos solidarios del Misterio Pascual. En su primer Sermón, el mismo día de Pentecostés, San Pedro, ya Jerarca supremo de la Iglesia, revela el sentir común del Colegio Apostólico a este respecto: "A Este, entregado según los designios de la presciencia de Dios, vosotros por manos de inicuos, crucificasteis. Pero Dios lo resucitó, rotas las ataduras de la muerte... (Hechos, II, 23-24). Y días después, dirigiendo la palabra a la muchedumbre atónita por la curación instantánea de un tullido de nacimiento, les dice: "El Dios de nuestros padres ha glorificado a su Siervo JESUS, a quien vosotros entregásteis y negásteis ante Pilato... y distéis muerte al autor de la vida a quien Dios ha levantado de entre los muertos, de lo cual somos testigos" (ib. III, 13-15).

Inútil multiplicar los testimonios atesorados en los Hechos de los Apóstoles. En sus Epístolas, SAN PABLO se encargará de ponderar el contraste causal de ambos elementos del plan redentor y sacar las consecuencias capitales para la ascesis cristiana. "Si hemos muerto con CRISTO, creemos que viviremos también con El... La muerte que El murió, la murió al pecado una vez para siempre; más la vida que El vive, la vive para Dios. Así también vosotros teneos por muertos al pecado, pero vivos para Dios en CRISTO JESUS" (Rom. VI, 8-11).

"Mediante el Bautismo fuimos sepultados con El, en la muerte, para que como CRISTO resucitó de entre los muertos, para la gloria del Padre, así también nosotros emprendamos una ida nueva" (Rom. VI, 4). De ahí se sigue que esta vida nueva ha de guardar estrechas relaciones con la Resurrección del Salvador. Y así como la muerte de JESUS, ejerce un influjo

(2) DURRWELL, Ib. p. 27.

causal en nuestra muerte al pecado, así también nuestra renovación en la vida sobrenatural, se debe al influjo causal de la Resurrección. Influjo causal que SAN PABLO pone aún más de relieve en el texto siguiente:

“JESUS el Señor, fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación” (Rom.IV,23).

No faltan exégetas que se contentan con atribuir a la frase un paralelismo antitético, muy en armonía con el gusto del Apostol, sin tener en cuenta el influjo causal que resalta en el segundo miembro. Y es que, según estos exégetas, una vez que la muerte del REDENTOR es más que suficiente para aplacar al PADRE con la satisfacción vicaria sobreabundante, la Resurrección no desempeña en nuestra justificación sino el papel de causa ejemplar. En este sentido la muerte de CRISTO sería el modelo de nuestra muerte al pecado, y la Resurrección el modelo de nuestra justificación. Exégesis infundada! Es verdad: el pecado quedó saldado por la muerte del SALVADOR, mas la justificación no se realiza sino después y a causa de la Resurrección. Es el pensamiento de la Iglesia en el Prefacio de Pascua: “Con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección renovó nuestra vida”.

Los Santos Padres en su predicación celebran el Misterio Pascual como el drama de la historia de salvación; presentan la Pasión, la Muerte, la Bajada a los Limbos y la Glorificación del REDENTOR, como etapas íntimas enlazadas del mismo Misterio y no conciben el desarrollo total de la salvación sin la vuelta de las almas a Dios, realizada fundamentalmente en la naturaleza humana de CRISTO glorificado. Para los Santos Padres, el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía son Sacramentos Pascuales ya que por medio de ellos se representa y efectúa el “tránsito pascual” de CRISTO en cada alma fiel. El Bautizado viene a ser una nueva creatura en cuanto que, al entablar su comunión con CRISTO muerto y resucitado, muere al pecado y participa de una nueva vida en CRISTO y también en cuanto que es regenerado en el seno de la Iglesia Madre, como miembro del nuevo pueblo de Dios.

Pero hay que reconocer que esta visión tan completa y acertada de la economía de la salvación, ya a fines del siglo IV en adelante, se va esfumando de las Homilias de los Padres latinos, para convertirse en piezas oratorias que ensalzan el triunfo de la Resurrección, en tono apologético, separándolo de los abatimientos sin fondo del Calvario (3).

(3) Cf. St. CZERWIK, O.S.B. *Homilia Paschalis apud Patres*, Roma, 1961, p. 174 ss.

A través de la edad media hasta nuestros días, se irá acentuando la tendencia a prescindir del Misterio Pascual, tomado en su contenido formal. Y así no es extraño que la Carta Magna del Apostolado Litúrgico, la Encíclica "MEDIATOR DEI" no contenga una alusión expresa, formal, al Misterio Pascual. Es verdad, la Encíclica analiza los elementos que integran el Sacerdocio de CRISTO, el Sacrificio del Calvario, la Resurrección del Señor, el Sacrificio Eucarístico, etc...; pero hay que reconocer, con la debida reverencia, que el Misterio Pascual, en su unidad e individualidad, en su dinamismo teológico, litúrgico, ascético, no figura en este documento-clave de la Liturgia Pastoral. Más aún, la Encíclica que logra destacar la Liturgia como fuente de vida interior, como orientada a "la persona de JESUCRISTO", como dominada por la figura señera del SALVADOR "a través de los misterios de su abatimiento, su redención y su triunfo" (4) (n.149), no acierta a enlazar las tres etapas solidarias: la Pasión, la Muerte, la Resurrección, bajo una misma estructura dinámica del Misterio Pascual.

Al desarrollar el tema del ciclo de los Misterios, PIO XII sugiere que "la Iglesia nos invita a subir al Calvario para que caminemos sobre las huellas sangrientas del Divino Redentor... y muramos con El" y a renglón seguido presenta la eficacia peculiar de las solemnidades pascales: "nuestra alma rebosa de íntimo gozo", pero no destaca el enlace profundo de ambos misterios: el triunfo de la vida sobre la muerte; ni mucho menos pone de relieve el empalme lógico de la doble eficacia: morir al pecado para vivir la vida divina en CRISTO N. S. Según el Papa, la liturgia nos entretiene con "el CRISTO TOTAL". La Sagrada Liturgia proyecta todo el CRISTO en todos los aspectos de su vida, es decir, el que el Verbo del Eterno Padre, el que nace de la Virgen Madre, el que nos enseña la Verdad... , el que sufre y muere, el que resucita de la muerte vencida, el que reina en la gloria y nos envía al Espíritu Paráclito, el que vive en su Iglesia: "JESUCRISTO, siempre el mismo ayer y hoy y por los siglos de los siglos" (n.161). Pero en esta enumeración solo se refleja una sucesión yuxtapuesta de misterios sin insinuar siquiera su entronque íntimo, su relación de influjo causal mutuo que domina la estructura del Misterio Pascual.

En realidad, las Encíclicas no están hechas para abrir nuevas perspectivas; más bien se limitan a consolidar el terreno conquistado por la investigación teológica con miras a señalar nuevos puntos de arranque para ul-

(4) PIO XII. La Encíclica "MEDIATOR DEI", sobre la S. Liturgia, 20 de noviembre 1947. Edición preparada y comentada por JUAN A. EGUREN, S.I. Madrid, 1962.

teriores aportaciones; se limitan a sancionar con la autoridad del Magisterio auténtico los avances de la Teología, aprobando tesis suficientemente fundadas y condenando puntos de vista que no encuentran eco en las fuentes de la Revelación.

Llama más la atención la ausencia de toda alusión expresa al Misterio Pascual en los recientes decretos pontificios concernientes a la restauración de la Semana Santa. El Decreto principal comienza con las palabras: *Máxima Redemptionis Sacramenta*. Pero el término "Redención" no evoca todo el rico contenido del Misterio Pascual, contenido que despliega la Instrucción aneja al hablar de la finalidad de la Vigilia Pascual: "demostrar y conmemorar cómo de la muerte brotó nuestra vida y la gracia". Aquí se nota un olvido importante: no se encarece el enlace causal entre la muerte del Redentor y su Resurrección triunfante: no se destaca la actualidad palpitante del Misterio de Cristo "crucificado-resucitado" causa ejemplar y eficiente de nuestra justificación.

En el fondo el dogma de la Redención coincide con el Misterio Pascual: ambos suponen el mismo punto de arranque; la humanidad sumida en la esclavitud del pecado y la muerte. Entrañan también el mismo punto de llegada: la humanidad elevada al orden sobrenatural. Y en ambas hipótesis el tránsito de un término al otro se debe al REDENTOR CRUCIFICADO. Pero la expresión "Misterio Pascual" evoca más al vivo la realidad de la obra redentora iniciada por la muerte y consumada por la resurrección del SALVADOR.

El concepto de Redención se fija en el hecho de que "fuimos comprados con un gran precio" el precio de la Sangre del Cordero de Dios. El concepto es exacto; SAN PEDRO lo ha dejado consignado en una de sus cartas, pero es incompleto y quien limita su mirada a este hecho solo verá un aspecto de la redención, con peligro de llegar a una visión torcida del problema como si nuestro rescate se debiera a una especie de permuta convenida entre Dios y el Diablo.

Asimismo el concepto de redención en cuanto satisfacción vicaria dolorosa ofrecida por el Amor Encarnado a su Padre, en favor nuestro, es conforme al dogma, pero se queda a medio camino. Para tener una idea exacta y completa de la economía de la salvación, hace falta llegar, a través de la muerte en la cruz, hasta la Resurrección y la glorificación celestial del Redentor. Quien limita la economía de la salvación a la Redención, se figura que sola la Pasión de CRISTO es eficaz por la ilusión de que sola ella es meritoria, satisfactoria, sacrificial, y a lo sumo atribuye tal eficacia

a la Resurrección, en cuanto manifiesta la aceptación del sacrificio. Y así, Pasión y Glorificación de Cristo, se presentan, sino como opuestas, sí como separadas. Precisamente lo que caracteriza el Misterio Pascual es su unidad dinámica, ese enlace esencial que introduce entre la muerte y la vida, entre el fracaso de la cruz y el triunfo del sepulcro.

II. LA LITURGIA FRENTE AL MISTERIO PASCUAL:

La Liturgia nunca ha considerado la Resurrección como un epílogo añadido al drama del Calvario; siempre ha puesto ante nuestra vista la realidad dinámica, la unicidad trascendente del Misterio Pascual.

Baste recordar la Secreta que se reza en la Misa del Domingo de Resurrección, repetida en otras Misas: "*ut paschalibus initiata mysteriis, ad aeternitatis nobis medelam proficiant*". "Lo inaugurado con los misterios pascuales nos aproveche para remedio de la vida eterna".

En el Pregón Pascual la Iglesia canta emocionada: "Estas son las fiestas pascuales en que es inmolado el verdadero Cordero cuya sangre consagra las puertas de los fieles. Esta es la noche en que, una vez sacados de Egipto los hijos de Israel, nuestros padres, los hiciste pasar a pie junto el Mar Rojo... Esta es la noche en que JESUCRISTO rompió los lazos de la muerte y subió victorioso de los abismos".

El Prefacio de Pascua, aun cuando no emplee la expresión Misterio Pascual, pone de relieve su realidad con matices impresionantes: "Es digno te alabemos en todo tiempo y lugar, Señor, pero con magnificencia especial en este día en que JESUS inmolado, es nuestra Pascua... El cual muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando reparó nuestra vida".

Tal vez no hay ceremonia que destaque con rasgos más precisos todo el contenido del Misterio Pascual, que la renovación de las Promesas del Bautismo, introducida en el nuevo rito de la Vigilia Pascual: Aquí el Ministro sagrado proyecta ante el pueblo fiel sus aspectos principales, su rico contenido:

"En esta sacratísima noche... la Santa Madre Iglesia mientras recuerda la muerte y sepultura de N. S. JESUCRISTO, vela reiterándole su amor y mientras espera su resurrección gloriosa, se alegra llena de gozo".

"Ahora bien: según enseña el Apóstol, fuimos sepultados con CRISTO por el Bautismo para morir y así como CRISTO resucitó de entre los

muerdos, hemos de caminar en una vida renovada, sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado junto con CRISTO para que en adelante no sirvamos al pecado. Pensemos, pues, *que estamos muertos al pecado y vivimos para Dios en CRISTO JESUS N. S.*"

Bajo estos aspectos, no hay título que cuadre mejor al REDENTOR que el de VÍCTIMA PASCUAL, con que celebra y resume la Iglesia la economía divina en la salvación de las almas. Las estrofas del Himno "Ad regias Agni dapes" cantan las grandezas de esta Víctima Pascual, "Victorioso de la muerte", "Rey glorioso que subyuga los altivos infiernos".

III — LA ESTRUCTURA DEL MISTERIO PASCUAL (5)

Por consiguiente, el Misterio Pascual es todo el Misterio cristiano, pero centrado en *el triunfo de la vida sobre la muerte*. Realidad impresionante prefigurada en el Antiguo Testamento; plasmada en la persona teándrica de CRISTO N. S.; prolongada en nuestras almas por medio de los Sacramentos. Y así, bajo los tres aspectos insinuados, el Misterio Pascual, en su estructura dinámica, entraña tres elementos inseparables:

1) Un estado de muerte; 2) la vida triunfante de la muerte; 3) la intervención especial de Dios.

1) — *Un estado de muerte*

Tal situación salta a la vista en la Pascua de los Judíos. La Pascua israelita conmemoraba anualmente la intervención maravillosa con que YAHVE había redimido a su pueblo escogido de la esclavitud egipcia. Fue el mismo Dios, quien, en medio de una zarza ardiente, ordenó a MOISES guiara a los hijos de Israel hacia la patria de la libertad y la prosperidad.

En vano MOISES solicita al Faraón la autorización para sacar de la esclavitud a su pueblo oprimido; en vano cae sobre la nación opresora toda clase de plagas... Ya sabemos el desenlace maravilloso: Dios ordena que toda familia sacrifique un cordero sin mancha, rocíe con su sangre el dintel y los postes de las puertas de cada hogar israelita y coma el cordero inmolado con pan sin levadura en una cena ritual. El Ángel exterminador se encargará de atravesar esa misma noche la nación egipcia sembrando la

(5) Cf. A. M. ROGUET. **Qu'est-ce que le Mystère Pascal**. La Maison-Dieu, 67, p. 5-22. Todo este número y el siguiente 68, están dedicados al tema: La Liturgie du Mystère Pascal. Consúltese también JUAN A. EGUREN, S.J. **El valor pas-toral de la liturgia**, Madrid, 1963, p. 170-171.

muerte entre los primogénitos egipcios sin causar perjuicio alguno en las casas señaladas con la sangre del cordero.

Y todo sucedió como el Señor lo había prometido: “A media noche —nos refiere el Exodo— Yahve hirió en el país de Egipto a todos los primogénitos, desde el primogénito del Faraón que le sucedía en el trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel y todo primer nacido de las bestias. Con lo que se levantó el Faraón de noche y con él, todos sus siervos y todos los egipcios y hubo grandes alaridos en todo Egipto porque no había casa donde no hubiera algún muerto. Entonces llamó el Faraón a Moisés y Aarón de noche y les dijo: ¡Adelante! Retiráos de en medio de mi pueblo, así vosotros como los hijos de Israel... Los egipcios, por su parte, instaban al pueblo para que acelerara su salida del país, pues decían: Pereceremos todo si continuamos reteniéndoos entre nosotros”. (Exodo, XII, 29-33).

Al esplendor de una columna de fuego, el pueblo escogido llegó a las orillas del Mar Rojo. El Faraón, al saber que los israelitas se habían escapado durante la noche, se empeña por impedir la huida persiguiéndoles con todo el poder de sus carrozas y sus fuerzas armadas. Pero de nuevo interviene la Omnipotencia divina: las olas enrespadas se levantan, abren camino, permanecen formando un denso muro y permite así que el pueblo perseguido pase a la otra orilla y se vea salvado de una hecatombe mortal. Y esas mismas olas se vuelven a juntar formando su cauce ordinario y sumiendo a las tropas egipcias en el fondo del mar.

Hasta aquí la figura: la realidad es más impresionante: JESUCRISTO no solo es condenado a muerte sino que sucumbe al golpe de la muerte. Los 4 Evangelios atestiguan el hecho de resonancias incalculables. JESUS inclina su cabeza y expira. JESUS se ha hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

La Iglesia nos presenta la lucha tremenda que se libró al pie de la cruz, entre la vida y la muerte. La muerte reclama su presa: todo crucificado ha de sucumbir al golpe de su guadaña... En cambio la vida defiende sus derechos: *Ubi est, mors, victoria tua?* ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado... Pero, ¿cómo encontrar la menor sombra de culpa en esta víctima inmaculada? El es la Resurrección y la Vida. Nadie es capaz de arrebatarse la vida si El no consiente. Ya lo ha renunciado: “Nadie puede quitarme la vida, yo soy el que la da. Tengo el poder de darla y el poder para volverla a tomar” (Juan, X, 18). Por tanto, la decisión de esta contienda depende de la misma Víctima. La muerte triunfa, pero, como lo veremos, este triunfo de la muerte no es sino momentáneo y aparente... ¡De la muerte brotará la vida!

Ya el texto citado destaca el enlace formal entre la muerte de CRISTO y su Resurrección: "Tengo poder para dar la vida y volverla a tomar". La Resurrección prueba la libertad del Redentor en su muerte. Y así su muerte, que a primera vista parece como impuesta, es un sacrificio voluntario.

La realidad se prolonga en los miembros del Cuerpo Místico de CRISTO. Los hijos de Israel, reducidos a la esclavitud, deben su liberación, su redención, a la sangre del cordero, inmolado en cada hogar israelita. La humanidad no solo estaba esclavizada bajo el yugo del demonio y del pecado, sino que estaba privada de la vida divina a consecuencia del pecado original y los pecados personales... Solamente la Sangre del Cordero de Dios la ha libertado de la esclavitud satánica y de la muerte que entraña el pecado.

A los ojos de la fe es en el momento mismo en que expira el SALVADOR en la cruz, en medio del aparente fracaso de su obra, cuando alcanza la victoria sobre el pecado, sobre el diablo y sobre la muerte. Su resurrección no hará sino destacar esta victoria con una luz fulgurante colocando sobre la víctima del sacrificio redentor; la gloriosa señal de la aceptación del Padre, y convirtiéndose en causa y modelo de la vida nueva que su muerte nos había merecido.

Para entrar en esa nueva vida, también el discípulo ha de caminar por la misma senda que el Maestro, para participar en la victoria de CRISTO y vivir de su vida hace falta que comencemos por morir con El: "Verdadera es la palabra que si padecemos con El, también con El viviremos". (II Tim. II, 11).

Es la realidad que destaca San Pedro en su primera carta: "Habéis sido rescatados de vuestro vano vivir... no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de CRISTO, como de cordero sin defecto ni mancha..." (I Pet. I, 18).

Los Santos Padres han desarrollado a porfía este aspecto pascual del misterio de la Redención. Según ellos, la muerte de CRISTO es el auténtico sacrificio pascual en el que culmina la liberación de Israel y con el que se inaugura la libertad propia de la Nueva Alianza. He aquí un texto que resume la tradición patristica a este respecto: "La Pascua libró a los Judíos de la esclavitud del Faraón; nosotros, el día de la Crucifixión, fuimos liberados del cautiverio de Satanás. Los Israelitas inmolaron un cordero cuya sangre los libró del Angel exterminador, nosotros hemos sido liberados por la sangre del Hijo muy amado, de las obras de corrupción que veníamos practicando" (6).

(6) AFRAATES. *Demostración*, 12, 81.

Los Sacramentos, cada uno a su manera, representan y reproducen en nuestras almas este aspecto del Misterio Pascual. Y así, San Pablo, refiriéndose *al Bautismo*, se expresa en términos por cierto bien expresivos: "Ignoráis que cuantos hemos sido bautizados fuimos bautizados en CRISTO JESUS para participar en su muerte? Con El hemos sido sepultados por el Bautismo para participar en su muerte... (Rom. VI, 3).

La Iglesia, consciente de estas realidades sublimes, quiere que sus Catecúmenos, antes del Bautismo, se comprometan libremente a morir a todo pecado y así, a la pregunta: "renuncias a Satanás, a sus obras y vanidades" el Catecúmeno, responde: *Renuncio*, como si dijera: Quiero morir a todo lo que sea esclavitud de Satanás, ya que como siervo de CRISTO he de excluir todo vasallaje incompatible con su divino servicio.

Esta orientación, básica en la ascética paulina, resalta con rasgos más vivos en el rito del Bautismo, por inmersión, ya que la inmersión en las aguas de la piscina representa la sepultura y la muerte del Salvador. El Catecúmeno participa en esa muerte, en ese sepelio, sepultándose en las aguas consagradas y con él, sepultando todos sus afectos y lazos con el pecado. El hombre viejo queda sepultado en las aguas como un muerto.

En especial *la Eucaristía* proyecta las perspectivas redentoras de la Pascua judía. Ya la Cena, celebrada durante el banquete ritual de la Pascua, nos trae el obsequio delicado del Misterio Eucarístico, con todos los rasgos afines a la Pascua israelita.

CRISTO, en un nuevo rito, sella la Nueva Alianza entre Dios y su pueblo.

"He aquí —dice El— mi cuerpo entregado por vosotros. He aquí mi sangre derramada por vosotros y por la multitud, en remisión de sus pecados". (Luc. XXIII, 19-20; Mat. XXVI, 27-28).

Ante la perspectiva inminente de su inmolación en la Cruz, la Víctima Eucarística se entrega por completo aceptando y ofreciendo por la salvación de las almas todos los sufrimientos de su Pasión y Muerte; con lo cual supera en todos sus aspectos las perspectivas redentoras de la Pascua israelita.

En realidad, no entra en juego la liberación de un pueblo, sino la de todos los pueblos en todas las etapas de la historia humana; liberación no ya de una esclavitud material, sino de la esclavitud del pecado que, en nuestro caso, no es solo muerte inminente como la que amenazaba al pueblo escogido, sino muerte real, privación de la gracia divina, vida del alma,

liberación lograda no por la sangre de un cordero, sino por la Sangre del Hijo de Dios Encarnado, el Cordero de Dios... En este alimento celestial encontrarán las almas fuerzas para evitar la muerte del pecado: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tendrá la vida".

El enlace místico entre la Eucaristía y la Redención sangrienta de la cruz la expresa San Pablo como convicción común de los cristianos, cuando escribe: "Cuántas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga" (I Cor. II, 26). Y así, cada vez que ofrecemos el Sacrificio Eucarístico, renovamos la obra de nuestra redención: "opus nostræ redemptionis exercetur".

Toda Misa entra en el Misterio Pascual en cuanto que en su estructura reproduce el "*Sacramentum Paschale*". Es el memorial de la muerte de CRISTO pero no en cuanto esta muerte es un hecho aislado, sino en cuanto es el punto culminante de la economía de la salvación: *Unde et memores, Domine, tam beatæ Passionis, necnon ab inferis Resurrectionis, sed in cælos gloriosæ Ascensionis*". "Recordando la sagrada Pasión, su Resurrección de entre los muertos y su gloriosa Ascensión a los Cielos".

2) — *La Vida Brota de la Muerte*

De nuevo retrocedamos a la figura, mejor dicho, a la Pascua de la Antigua Alianza: La sangre del cordero redime de la esclavitud y libra de la muerte al pueblo escogido y Yahve va multiplicando prodigios incontables como el *paso* maravilloso del Mar Rojo, para que aquel pueblo disgregado, oprimido, llegue a formar el pueblo escogido.

Dios llama a Moisés a la cumbre del Monte Sinaí y le dice: "Diles: observaréis mi pacto, seréis para Mí, entre todos los pueblos, la porción escogida... Seréis para Mí un reino sacerdotal, una nación santa" (Exodo, XIX, 5-6). Y así aquel pueblo condenado hasta entonces a la esclavitud más inhumana, expuesto a perecer bajo la tormenta del mar, formará la porción selecta del Señor, el pueblo escogido, al amparo de la Alianza sagrada y sujeto a las leyes del Altísimo. Alianza sagrada confirmada con el sacrificio: Moisés construye un altar, derrama sangre sobre él y exclama: "Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha contraído con vosotros". (Exodo, XXIV, 8).

En la realidad de CRISTO resalta en todo su esplendor, este segundo elemento de *la vida triunfante sobre la muerte*. La vida brota de la muerte, mejor dicho, ¡la muerte engendra la vida! La resurrección, etapa final del

Misterio Pascual, no se reduce a una reanimación, a una sucesión yuxtapuesta de hechos independientes, sino que entraña dos sucesos solidarios, unidos entre sí, con influjo causal.

Más aún, la muerte no volverá a ejercer su imperio sobre el Resucitado y es que vive una vida nueva, una vida divina, sentado a la derecha de Dios Padre.

Cuando JESUS suplica a su Padre "Ahora, Padre, glorifícame con la gloria que tenía junto a Ti antes que el mundo existiera" (Juan XVII, 5), no pide una mera restitución, un volver a lo anterior. Esa vida de la que su persona divina disfruta desde toda la eternidad, se va a extender como preciosa novedad a su naturaleza humana y de ella, a la nuestra. La gloria, no del Verbo a secas, sino del Verbo Encarnado, es una conquista de Pascua, conquista que se prolonga en las almas redimidas.

Por eso decíamos arriba que la muerte triunfó en la contienda librada al pie de la cruz, pero ese triunfo no fue sino aparente y momentáneo.

Triunfo aparente porque el Redentor con su muerte ha conquistado para *su Padre* un Reino eterno y universal; *para Sí mismo*, para su humanidad santísima, la gloria de que gozaba con su Padre eternamente; *para nosotros*, destruyó la muerte y nos devolvió la vida divina perdida por la prevaricación del Paraíso.

Con qué afecto tan profundo de amor agradecido formula la Iglesia la conquista que para su Padre logró la Víctima del Calvario con su muerte santísima! "De veras, es digno, es justo... que te tributemos himnos de acción de gracias siempre y doquiera, Padre omnipotente... quien has unido a tu Hijo Unigénito, Sacerdote eterno y Rey universal, para que, *al ofrecerse a Sí mismo en el ara de la cruz como Hostia inmaculada*, entregara a tu inmensa majestad un reino eterno y universal, Reino de verdad y vida, Reino de justicia, de amor y de paz". Este Reino magnífico es la Iglesia Santa, brotada del Corazón agonizante del Salvador.

Para Sí mismo el Redentor conquistó la gloria que pedía a su Padre en la última Cena. "CRISTO se ha hecho por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz y *por eso* Dios le ha ensalzado y le ha dado un nombre que está por encima de todo nombre de suerte que ante el nombre de JESUS han de doblegar su rodilla en el cielo, en la tierra y aún en los mismos infiernos". (Filip. II, 8-10). "Cristo —escribe San Pablo— ha muerto y resucitado para lograr el dominio sobre vivos y muertos" (Rom. XIV,9).

Y *para nosotros* nos conquistó JESUS con la victoria de la Cruz, la vi-

da sobrenatural de la gracia, la esperanza de la vida eterna; muriendo destruyó nuestra muerte.

De veras tiene razón San Pablo en afirmar: "Dios evidencia el amor con que nos ama por cuanto siendo como éramos, pecadores, CRISTO murió por nosotros, mucho más ahora, una vez justificados por su sangre, seremos salvados por El de la ira. Pues si como enemigos fuimos reconciliados con Dios *por la muerte de su Hijo*, mucho más, después de reconciliados, seremos salvados por su vida" (Rom. V, 8-10). "Hemos hallado la redención en su sangre y la remisión de nuestros pecados en las riquezas de sus gracias" (Ef. XX, 28).

Haciendo eco al Apóstol, la Iglesia ensalza en un Introito incomparable las riquezas de la Cruz. Lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de N. S. JESUCRISTO (Gal. VI, 14), en el cual está nuestra salvación, nuestra vida, nuestra resurrección; por El hemos sido salvados y rescatados... Y es que JESUCRISTO "ha sido hecho por Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención para nosotros" (ICor. I,30). "Gracias a Dios que nos dio la victoria por N. S. JESUCRISTO" (ICor. XV,55). Con razón, pues, la Iglesia canta "El noble triunfo: como el Redentor del mundo vence al Ser Inmolado".

El Crucificado ha resucitado! He ahí la quintaesencia del Misterio Pascual, la síntesis de la vida cristiana: morir a todo cuanto desagrada a Dios para resucitar a la nueva vida de Dios, a todo lo que sea complacer a la Divina Majestad. *Ut peccatis mortui, iustitiæ vivamus!* (I Pet. II, 24). Es la consecuencia que saca SAN PABLO del triunfo de la Resurrección: "Sabiendo, como sabéis, que CRISTO resucitado de entre los muertos, no volverá a morir, ni será dominado por la muerte... así también vosotros habéis de consideraros como muertos a todo pecado, para vivir para Dios en CRISTO N. S." (Rom. VIII, 12-14). "Si habéis sido injertados en El, por la semejanza de su muerte, también lo seréis por la semejanza de su Resurrección" (Rom. VI, 5).

Morimos al pecado cada vez que procuramos quebrantar el imperio de la triple concupiscencia, los criterios de la sabiduría mundana, las sugerencias diabólicas; a medida que esta liberación interior se amplía y consolida en el alma, esta se va sometiendo cada vez más al imperio de CRISTO, a sus inspiraciones, a sus enseñanzas, a sus ejemplos, a sus virtudes, a su gracia "viviendo para Dios en CRISTO JESUS".

No se trata de mortificarse por mortificarse, de morir al mundo, a nuestras pasiones desordenadas, por morir. Morimos para vivir la vida de CRIS-

TO. La mortificación no pretende dar muerte a los principios de vida, sino a los gérmenes de muerte. Es una muerte que engendra la vida. En nosotros, como en CRISTO “el Señor da la muerte y devuelve la vida” (I Reyes, II,6).

La obra redentora, sin la resurrección, hubiera quedado mutilada, incompleta... La muerte al pecado, sin la nueva vida de entrega, de consagración al servicio de Dios, quedaría a medio camino de la ofrenda total a Dios que es la vida perfecta.

“El mismo hombre, consagrado a la Majestad Divina, entregado a Dios, es sacrificio —observa SAN AGUSTIN—, en cuanto muere al mundo para vivir para Dios”.

Quiere probar el Santo Doctor que el alma cristiana no logrará ser víctima viva, santa, agradable a Dios con solo morir a los criterios y amores mundanos, a las exigencias desordenadas de las tendencias instintivas; para ello hace falta morir con *el afán de vivir para Dios*. Aun la misma pureza virginal es un sacrificio agradable a Dios, no precisamente por su belleza natural, ni por la serie de renunciaciones continuas que impone a la naturaleza, sino por llevar el sello de holocausto consagrado a la gloria de la Majestad Divina, de sacrificio dedicado al servicio del Altísimo.

La Vigilia Pascual destaca y celebra el triunfo de la vida sobre la muerte; pone de relieve cómo de la muerte del Señor brotó la vida para El, nuestra vida, la vida divina de la gracia sobrenatural. Y así, bajo el símbolo del Cirio Pascual, el SALVADOR se presenta como “la Luz del mundo”. Se bendice el agua bautismal en la que “somos sepultados con CRISTO para morir al pecado y resucitar con el Señor con miras a que sigamos una vida nueva “*ut in novitate vitæ ambulemus*”. Y con la renovación de las Promesas del Bautismo los fieles prometen dar testimonio ante el mundo, de esta gracia pascual, procedente del Misterio Pascual, con su vida ejemplar, siendo así, luz del mundo y sal de la tierra.

3) — *El Triunfo de la Vida sobre la Muerte: La Obra de Dios*

El paso de la muerte a la vida, de la esclavitud del diablo a la libertad de los hijos de Dios, entraña una intervención singular, milagrosa, del poder divino. MOISES inculca este elemento imprescindible para estimular a los recalcitrantes: “YAHVE luchará por vosotros; vosotros nada tendréis que hacer” (Exodo, XIV, 14). Basta leer el relato del Paso por el Mar Ro-

jo para convencerse de que todo se debe a la omnipotencia del Señor. Por medio del Angel exterminador los redime de la opresión egipcia y por medio de la columna de fuego, guía orienta, ampara a los fugitivos hasta ponerlos en la tierra prometida. Con razón MOISES cierra su relación asegurando que "Israel fue testigo de la promesa cumplida por YAHVE contra los Egipcios" (Exodo, XIV). Este contraste, entre la fidelidad de Dios y la ingratitud del pueblo rebelde, lo desarrolla MOISES en su cántico inmortal:

*Celebremos a YAHVE. Se ha cubierto de gloria!
Ha arrojado al mar al caballo y caballero.
YAHVE es mi fuerza y protector.
A El debo mi liberación.
El es mi Dios y yo lo ensalzo.
Su nombre es YAHVE.
Los carros del Faraón y su ejército los ha arrojado al mar
(Exodo XIV, 1-5).*

Maravillas que DAVID recogerá no solo en los Salmos de la liberación sino con acentos más elocuentes, en sus poemas de acción de gracias, en sus letanías de misericordia.

*Alleluia! Alabad a Yahvé porque es bueno,
Porque su misericordia es para siempre!*

*Al que hirió a los egipcios,
en sus primogénitos,*

*porque su misericordia es para siempre
y sacó a Israel de en medio de ellos,
porque su misericordia es para siempre;
con mano fuerte y brazo extendido,
porque su misericordia es para siempre!*

*Al que partió en dos el Mar Rojo,
porque su misericordia es para siempre,
y llevó a Israel a cruzarlo por el medio,
porque su misericordia es para siempre!
Y precipitó al Faraón y su ejército al Mar Rojo,
porque su misericordia es para siempre!
Al que guió a su pueblo por el desierto,
porque su misericordia es para siempre!
y dio en herencia su tierra, a Israel, su siervo,
porque su misericordia es para siempre... (Salmo, 135; 134, etc.).*

Esta intervención especial de la omnipotencia divina resalta en la obra redentora. El mismo JESUS apela a su poder infinito, que se revela en este brotar de la vida de entre la muerte como prueba inequívoca de su Filiación divina, de su misión salvadora: "Destruid este templo y lo volveré a edificar al tercer día". Bien grabado quedó este reto desafiador, en la memoria de sus enemigos y así, entre los cargos que presentan ante el Sanedrín, es esta prueba del Salvador (Mat. XXVI, 62). En el Calvario no cesarán de recordar su promesa, en son de mofa: "¡Vah! Tú, que destruyes el templo de Dios y al tercer día lo vuelves a edificar, sálvate a Tí mismo" (Mat. XXVII, 40). Ni aún después de verle muerto en la cruz les deja esta preocupación y con ella se van a PILATO pidiendo guardias para el sepulcro (Mat. XXVII, 64).

Todo les concede Pilato. Destina a un Centurión con la misión de ponerle al corriente de la muerte de JESUS; señala un pelotón de soldados que sellen el sepulcro... Todo está en regla: los sellos del Sanedrín, auténticos; los guardias, seguros; la consigna, severa. De este modo, al multiplicar las preocupaciones, multiplican las pruebas en favor del Misterio Pascual: "Como si un día se pusieran centinelas sobre la cumbre de los Alpes para decir al sol: Sol, hoy no saldrás... Y el sol divino sale del sepulcro". Y sale del sepulcro radiante de una vida nueva, de una gloria con que el Padre enriquece su humanidad santísima, en premio a su obediencia hasta la muerte y muerte de cruz...

Nadie duda que un alma no puede pasar de la muerte a la vida sin una intervención del poder divino, mejor dicho, de la misericordia inagotable de nuestro Padre Celestial.

Por la fe y la razón nos consta que por nuestro origen y nuestra naturaleza somos *siervos de Dios y la fe añade* que todos nacemos bajo el peso de la indignación del Señor: "*natura filii iræ*" ... y con todo, el Padre te espera en el Bautismo para sacarte de la muerte a la vida, a esa vida de la gracia santificante que diviniza tu alma haciéndola participante de la naturaleza divina "*divinæ consors naturæ*". Y esta gracia trae consigo el cortejo de dones muy superiores a las exigencias de nuestra naturaleza humana: la dignidad de hijos adoptivos de Dios, los dones del Espíritu Santo, las virtudes infusas, el tesoro de méritos, la aptitud que imprime en nuestra alma para que allí, en la patria, podamos contemplar cara a cara la Majestad Divina, la incorporación en CRISTO y sobre todo, la inhabitación de las Tres Divinas Personas, que se complacen en morar en el alma justa con complacencia muy superior a la que siente un Monarca en medio de su corte:

Oh Trinidad augusta, hecha la Esclava de mi amor!

Lo que es un santuario con su Sagrario en medio de habitaciones vulgares, eso es el alma justa entre los hombres. No te fijes en su cuerpo de arcilla, fíjate en la vida divina que lleva dentro y la llamarás como se llamaban los primeros cristianos: Teóforo, Porta-Dios; Cristóforo, Porta-Cristo; Agióforo, Portador del Espíritu Santo.

Aquí, en esta cumbre, a la que hemos llegado paso a paso, salta a la vista que el Misterio Pascual refleja la quintaesencia del Cristianismo, la clave del dogma cristiano, el núcleo del culto divino alrededor del cual gira todo el Año Litúrgico y así, séanos permitido concluir: el Misterio Pascual contemplado, predicado está llamado a imprimir el sello de unidad, atractivo, estímulo, a toda la vida espiritual. Predicar, contemplar el Misterio Pascual es desplegar ante la vista todo el dogma cristiano, sin mutilarlo, y sobre todo sin deformarlo ni disgregarlo. Y es que el Misterio Pascual encierra los dogmas más vitales del Cristianismo: las verdades dogmáticas del pecado original, de nuestra elevación al orden sobrenatural, del combate espiritual, de la Redención que culmina en el triunfo de la Resurrección; sobre todo destaca la figura atrayente del KYRIOS, JESUCRISTO, con toda la eficacia estimulante de su amor redentor, de su poder victorioso de la muerte: El Rey de la Gloria que murió, reina radiante de vida y bondad, siempre presto a interceder por nosotros.

De veras, el descubrimiento conciliador del Misterio Pascual con sus irradiaciones en el campo dogmático, litúrgico, ascético, ecuménico, merece ser celebrado como el hallazgo más fecundo en la espiritualidad cristiana de nuestros días.

Cuanto más ahondemos el Misterio Pascual sentiremos una sed más viva de vivir la vida de CRISTO, de vivir al calor del ideal de la CRISTIFICACION. "La caridad de CRISTO nos apremia, persuadidos como estamos de que, si uno murió por todos, todos han de morir y murió por todos para los que viven, ya no vivan para sí, sino para El que por ellos murió y resucitó" (II Cor. V, 14-15). Por eso el Concilio ordena que "los Profesores... de Teología dogmática, Sagrada Escritura, Teología Pastoral y Espiritual, procuren exponer el Misterio de CRISTO y la historia de la salvación, partiendo de las exigencias intrínsecas del objeto propio de cada signatura, de modo que quede bien claro el enlace con la Liturgia y la unidad de la formación sacerdotal" (art. 16).

Todo el dinamismo espiritual del Misterio Pascual se concentra principalmente en la Vigilia de la Noche de Pascua, pero se extiende también al "DÍA DEL SEÑOR" o Domingo. "En este día —declara el Vatica-

no II— los fieles deben reunirse para escuchar la Palabra de Dios y participar en la Eucaristía, y así recordar la Pasión, la Resurrección y la Gloria del Señor JESUS, para dar gracias a Dios que los “hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de JESUCRISTO de entre los muertos” (I Pet. I, 3). Por esto el Domingo es la fiesta primordial que debe inculcarse a la piedad de los fieles, de suerte que sea también día de alegría y liberación del trabajo”. (Art. 106). He aquí un medio para atraer y estimular la piedad de los fieles! Con ello se logrará también la meta a la que apunta la Liturgia Pastoral: desterrar⁷ la tendencia a considerar la Misa Dominical como una carga pesada, y devolverle el sentido de una fiesta que prolonga *la alegría pascual* y anticipa... el triunfo del Cielo. Así se expresa el Directorio Argentino y añade: “La asamblea litúrgica de la Misa debe ser *la expresión viva del gran misterio de la unidad cristiana realizada en torno al Altar*”. (nn. 59-60).

Con esto se proyectan perspectivas ecuménicas con las que queremos cerrar nuestro modesto ensayo.

El descubrimiento conciliar del Misterio Pascual ilumina la Iglesia con perspectivas de un Ecumenismo estimulante. El Misterio Pascual parece llamado a ser el foco hacia el cual convergen las aspiraciones de las Confesiones cristianas y del cual han de arrancar todas las iniciativas orientadas a restablecer la unidad en la fe bajo la autoridad suprema del Vicario de CRISTO. Una vez descubierto el dinamismo espiritual y sacramental del Misterio Pascual, la Iglesia ha echado las bases para un diálogo constructivo con los hermanos separados quienes también caminan hacia el mismo ideal renovado. He aquí el centro donde todos nos podemos encontrar reunidos (7).

Ya SAN LEON MAGNO había descubierto la fuerza unitiva de este Misterio. Al comentar la frase paulina: “Por lo cual Dios le ensalzó y le dio un nombre que está por encima de todo nombre”, el gran Pontífice nos presenta al SALVADOR suplicando a su Padre haga participante a su Iglesia de la unidad indivisible y la gloria eterna de la Divinidad: “Que todos sean uno; como Tú estás en Mí y Yo estoy en Tí, para que también ellos sean uno en Nosotros, y así crea el mundo que Tú me has enviado”. (San Juan XVII, 21-22 (8)).

(7) L. BOUYER, en su monografía: *Le mystère Pascal. (Paschale Sacramentum)*, París, 1957, p. 16, expresa la misma idea: “Este Misterio Pascual —dice— es verdaderamente el misterio católico, el que responde a las necesidades de todos los hombres, el que pertenece a todos, y donde todos se encuentran unidos”.

(8) San LEON MAGNO. Sermón II sobre la Resurrección del Señor. *Patrología Latina* de MIGNE, 54, 393-394.